

RENAUD, Maryse, *Azul mortal*, Madrid, Adarve, 2019, 160 págs.

Con la lectura de *Azul mortal*, última novela de Maryse Renaud, se descubren no pocas sorpresas. Ese azul va a evocar el cielo y el mar, en este caso, los de la isla caribeña de la Martinica pero en esa novela, en cuya portada blanca se imprime un gran círculo azul, va a ser un color de muerte, un color letal. A la isla de Ultramar de la que es oriundo el protagonista, Albert, va a regresar después de años en Francia en busca de la explicación de un intento de asesinato, lo cual a su vez va a desembocar en la dilucidación detectivesca de la muerte de otra persona en el contexto político de la isla en los años 60. Ese contexto o ambientación podría no resultar exótico o distante para los lectores familiarizados con la literatura francófona antillana, pero no deja de representar una rareza que Maryse Renaud haya publicado este tipo de novela en español. Nacida en la capital martiniquesa en 1947, reside gran parte de su vida en Francia, donde ha enseñado literatura hispanoamericana como Catedrática de la Universidad de Poitiers; desde el año 2009 lleva escritas seis obras, publicadas bien en España bien en Argentina, para las cuales escoge la lengua española, que profundamente conoce y admira.

Para esta novela Renaud opta por el hilo detectivesco con el fondo histórico de los devenires políticos desarrollados principalmente en la capital, Fort-de-France, en el año 1965. Para contextualizarlos y comprenderlos la autora estima necesario retrotraerse a las décadas anteriores en ciertos momentos de la novela, lo cual es amable y acertadamente conseguido, pues no peca de excesos didácticos ante un lector ajeno a ello ni tampoco de sobreentendidos históricos ante un lector familiarizado con la historia de la isla antillana. Sutilmente la historia novelesca se enmarca en la etapa en la que surgen movimientos por la independencia de la antigua colonia (que es Departamento de Ultramar desde 1946 y Región francesa, desde 1983, año en el que Aimé Césaire es elegido Presidente del Consejo Regional). Va dedicada la novela a Rodolphe Désiré, quien fuera uno de los estudiantes que firmaron el Manifiesto de la OJAM (Organización de la Juventud Anticolonialista de la Martinica).

En ese contexto, entre los diferentes personajes novelescos también se tienden (y se

resquebrajan) puentes amorosos y amistosos que hacen de la historia un entramado complejo. Destaca Albert como protagonista, perfilado por una tradicional tercera persona narrativa que, no obstante, alterna con la segunda persona en pasajes como el capítulo décimo, justo en el momento en el que se encarrila la trama y se dispara el misterio:

¡Cuidado, Albert! Ha terminado para ti el tiempo de la indiferencia, ni sabes cómo, ni cuándo exactamente, ni por qué. Estás a punto de conseguir lo que ansías. No cometas errores. ¿Será el deseo lo que andas redescubriendo?, este sabor acidulado en la punta de la lengua, esa electricidad en todos los miembros, tan lejos de tu casa, tan lejos de París, anclado de nuevo en tu tierra de raíces y de sal.

Con esa Mariscala, ¡jojo!, no vayas perdiendo el tiempo. (p. 57)

Así, también entrará en juego un personaje femenino, al que más adelante se le sumará otro y del que también se apoderará un nebuloso misterio. Y es que la construcción y el desvelamiento de los personajes se realizan paulatinamente, de manera paralela a la trama. De hecho, sabremos más adelante a qué se dedica el protagonista o quién es el hombre al que se le cae una caja repleta de libros que pertenece a otra misteriosa mujer, la que ha leído a Balzac, Choderlos de Laclos, Turguénev y, claro, el *Quijote* en una traducción al francés (después también se aludirá a una obra teatral titulada *Guanahani*, sobre la colonización de Cristóbal Colón; así es como entra en esta ficción el homenaje literario así como el lejano pasado colonial). El protagonista suele ser acompañado y ayudado por Rol, hasta el punto de que llegan a ser denominados, siguiendo el tópico literario tradicional, “los dos amigos”. Y de manera paralela al desvelamiento de los distintos personajes, se va desatando la historia, la del descubrimiento de una muerte –justo en el momento en el que se halla una alusión en la que el título de la novela resuena como eco pero con diferente matiz: “¡Azul vivo y arena negra!” (p. 135)–. Sin embargo, casi todos van a ser un poco detectives, como otro de los personajes que al final hace, según el protagonista con tono irónico, de “Sherlock Holmes” (p. 145).

Desde la perspectiva de Albert se lee una de las escasas descripciones del exótico e histórico lugar (necesarias, no obstante, para darle sabor a la novela), el de la Península de la Carabela: “Sabía distinguir su brisa, olorosa a profundidades, del aire manso, un poco soso, de la costa caribeña [...]. Un olor a piratería, rapto de mujeres, harén y vida galante flotaba desde hacía siglos en el aire” (p. 73). La autora se recrea estilísticamente con el lenguaje, mostrando también soltura con el uso de modismos de la lengua española, especialmente con ocasión de los diálogos (lo que no quita, desgraciadamente, que se cuele alguna que otra errata en el texto). Y aunque se puedan intuir o explicar ecos y motivaciones biográficas, según la advertencia de la escritora en el inicio (de lo que no deja de ser ficción), toda “semejanza con personas reales es pura coincidencia”. Así, la narración predominante, salteada de descripciones y diálogos, con un estilo oscilante y cuidado y también con la división de las ciento sesenta páginas en treinta breves secciones, consigue una lectura fluida. Y lo hace

sin regocijarse en historicismos ni exotismos ciertamente esperables ante su público primero, el hispanohablante.

Seguramente esta novela ofrecerá un terreno fértil para múltiples lecturas como, por ejemplo, las encauzadas desde los postulados del postcolonialismo, al igual que sobre otros escritores como el martiniqués Aimé Césaire (quien en su *Cahier d'un retour au pays natal* de 1939 vuelve a su origen, como después hará Albert en la obra de Renaud) y sobre otras escritoras como la guadalupeña Maryse Condé (reconocida con el Premio Nobel “Alternativo” en 2018). Pero también se podría leer desde la idea que retoma y conceptualiza Daniel Sibony en su ensayo *Entre-deux: l'origine en partage* (París, Seuil, 1991). El *entre-deux* puede (no) ser / estar entre dos lenguas o culturas, entre lugares y tiempos, así como puede (no) haber un *entre-deux* en el amor, un *entre-deux-femmes*, un *entre-deux* crucial o vital¹. Renaud, con su literatura, consigue situarnos en ese (no)lugar que queda entre la lengua francesa y la española, o entre la lengua francesa y la lengua criolla martiniquesa, o entre la metrópoli y la isla ultramarina, o entre el pasado y el presente... Porque, quizá así, el lector en español sea capaz de percibir el parentesco caribeño, no exclusivamente el hispano. Otras claves también son sugeridas por la propia escritora en una entrevista: <<https://editorialadarveblog.blogspot.com/2019/05/entrevista-maryse-renaud-autora-del.html>>.

Así, *Azul mortal* de Maryse Renaud se suma a su libro de cuentos *En abril, infancias mil* y a sus novelas *El cuaderno granate*, *La mano en el canal*, *Junglas* y *Relato de ceniza o la vida zarandeada de Cyparis el Superviviente, de Martinica a Panamá*. Entre otras tantas virtudes, se habrá de valorar el riesgo de ese “triple tirabuzón” que es publicar en español una novela de ambientación martiniquesa por parte de esta escritora francesa que esperemos continúe con su apuesta.

CARMEN M.^a PUJANTE SEGURA
Universidad de Murcia

1 “L’entre-deux est une forme de coupure-lien entre deux termes, à ceci près que l’espace de la coupure et celui du lien sont plus vastes qu’on ne croit; et que chacune des deux entités a toujours déjà partie liée avec l’autre. Il n’y a pas de *no man’s land* entre les deux, il n’y a pas un seul bord qui départage, il y a deux bords mais qui se touchent ou qui sont tels que des flux circulent entre eux. De sorte que le simple trait de la différence apparaît lui-même comme un entre-deux minimal, exigeant d’être repris sur un mode plus générique, plutôt que cerné dans sa “pure” acuité. Bref la différence apparaît comme un entre-deux trop mince, elle coupe là où c’est la coupure même qui ouvre l’espace d’un nouveau lien, elle fixe d’un trait l’écart là où le vif de l’expérience a lieu au cœur de cet écart qu’elle bouleverse” (Sibony, 1991: 11).

